

Allí todo está tranquilo; tanto, dice Ciceron, que las gentes honradas *han vuelto á dedicarse á la usura.*

Gran prueba de tranquilidad, efectivamente!

Del mismo modo que Napoleon atravesaba la Francia y llegaba á Paris desde Cannes sin disparar un solo tiro, así tambien César habia atravesado toda la Italia, desde Ravena hasta Bríndis y desde Bríndis hasta Roma, sin derramar una gota de sangre.

Compárese esa entrada con las de Mario y Sila.

Pero en ese momento empieza una nueva era para César; la era que acaba de atravesar desgraciadamente Pompeyo y en la cual los hombres dan la verdadera medida de su grandeza: la era de la dictadura.

XXXI

Al llegar á Roma, el primer cuidado de César fué dar órden al Senado para que se reuniese.

El Senado se reunió.

César se presentó en él, no como Luis XIV en el parlamento, con un látigo en la mano, sino tranquilo, sin humildad como sin orgullo.

Habia acantonado sus tropas en los alrededores y entrado casi solo en Roma.

No se daba aires de dictador, ni parecia tampoco un suplicante; tenia el aspecto de un hombre seguro de su derecho.

Moralmente habia hecho su 18 de brumario.

Espuso á los senadores que jamas habia aspirado á cargo alguno cuya puerta no estuviese abierta á cualquier ciudadano romano; que habia esperado el tiempo prescrito por las leyes para solicitar un nue-

vo consulado, y que á pesar de la oposieion de sus enemigos y los gritos de Caton, el pueblo habia decidido que podria consultarlo, sin embargo de estar ausente.

Habló de su moderacion y de su paciencia; llamó la atencion sobre la propuesta que habia hecho de licenciar sus tropas si Pompeyo hacia otro tanto; demostró la injusticia de sus enemigos, que querian imponerle leyes que ellos no reconocian para sí; los acusó de haber preferido entregar la Italia á sangre y fuego antes que sufrir la menor disminucion de su autoridad, y les echó en cara el haberle quitado dos legiones. Recordó la violencia que habian usado con los tribunos, la cual habia sido tal, que Marco Antonio y Quinto Casio se habian visto obligados á salir de Roma disfrazados de esclavos é ir á ponerse bajo su proteccion; y su insistencia con Pompeyo para conseguir una entrevista á fin de arreglarlo todo amistosamente y sin efusion de sangre.

Por fin, suplicó al Senado que teniendo en cuenta todo lo espuesto se asociase á él para cuidar de la República, en la inteligencia de que si se negaba á ello se ocuparia él solo de aquel cuidado, convenido como estaba de que mas fácil le seria á él el pasarse sin el Senado que á aquel cuerpo el pasarse sin él. Así, pues, bajo una aparente moderacion, se declaraba completamente el amo.

Sin embargo, propuso enviar á Pompeyo una diputacion que le ofreciese un nuevo arreglo.

El discurso de César fué aprobado y hasta muy aplaudido.

Pero cuando se trató de nombrar la diputacion nadie quiso formar parte de ella.

Pompeyo habia dicho en alta voz en el Senado que no haria diferencia alguna entre los que permaneciesen en Roma y los que siguiesen el partido de César.

Este habia sido menos esclusivo: habia declarado que tendria por su amigo á cualquiera que no le fuese contrario.

Tres dias trascurrieron en negociaciones sobre el particular sin dar resultado alguno.

Al fin César renunció á su proposicion, alegrándose quizá de no haber podido vencer aquellos temores.

Miéntas tanto, su dulzura,—á la cual se buscaba un motivo político, sin dar con la verdadera causa, que era su carácter,—su dulzura, repetimos, desusada, desconocida, inaudita en semejantes circunstancias, envalentonaba á sus enemigos.

De ahí resultó que en el momento de partir para España, cuando quiso tomar en el tesoro del Estado el dinero que necesitaba para ponerse en campaña, el tribuno Metelo se opuso á ello.

—¿Por qué? preguntó César.

—Porque las leyes lo prohiben, contestó Metelo.

César se encogió de hombros.

—Tribuno, le dijo, debias saber que el tiempo de las armas no es el de las leyes. Si no te agrada lo que voy á hacer quítate de mi camino; la guerra no admite esa libertad de hablar. Cuando haya yo de puesto las armas y se haya verificado un arreglo, entonces podrás discurrir como mejor te parezca. Te digo esto por una pura bondad, tribuno, compéndelo bien, pues me hallo en este sitio por el derecho del mas fuerte, y tú y todos los que aquí estais sois míos, me perteneceis; puedo hacer de vosotros lo que se me antoje, pues en resumidas cuentas sois mis prisioneros.

Y como Metelo quisiese alzar la voz:

—Cuidado, le dijo César, pues menos difícil me sería hacerte matar que decirte que lo voy á hacer.

Metelo no quiso oír mas y se retiró.

César entró en el templo de Saturno, halló el tesoro abierto,—se recordará que el cónsul Léntulo habia huido tan precipitadamente, que no habia tenido tiempo de cerrarlo,—y sacó de él sin dificultad todo el dinero que necesitaba para la guerra: Suetonio dice que fueron tres mil libras de oro.

A punto de partir para España, á combatir á Afra-

nio, Petreyo y Varon, tenientes de Pompeyo, echó una última mirada á su alrededor.

Hé aquí lo que vió:

Cotta ocupaba la Cerdeña, Caton la Sicilia y Tuberon el Africa.

Dió orden á Valerio de apoderarse de la Cerdeña con una legion y á Curion de pasar á Sicilia con dos legiones y despues de reconquistarla irlo á esperar á Africa.

Pompeyo estaba en Dirraquium.

Digamos de paso que Dirraquium es el moderno Durazo.

Allí reunia un ejército y una escuadra.—Mas tarde detallaremos esa escuadra y ese ejército.

Valerio partió para Cerdeña.

Aun antes de desembarcar allí ya los sardos habian espulsado á Cotta.

Este huyó á Africa.

Caton por su parte estaba en Siracusa.

Allí supo que Asinio Pollion, uno de los tenientes de César, acababa de llegar á Mesina.

Asinio Pollion mandaba la vanguardia de Curion.

Caton, que ignoraba aún lo que habia ocurrido en Bríndis, le hizo hacer algunas preguntas sobre el estado de los negocios.

Asinio Pollion le enteró entonces del abandono

completo de Pompeyo y de su estancia en Dirraquium.

—¡Cuán oscuros é incomprensibles son los designios de los dioses! exclamó Caton. Mientras que Pompeyo obró sin razon ni justicia fué invencible, y ahora, que quiere salvar á su patria y combate por la libertad, la suerte lo abandona.

Despues, recogiendo un momento:

—Tengo bastantes soldados, dijo, para espulsar á Asinio de Sicilia; pero espera un ejército mas numeroso aún del que ahora tiene; no quiero arruinar la isla sumiéndola en los horrores de la guerra.

Perdónesenos esa pompa de lenguaje; cada vez que citamos á Plutarco, citamos á un griego, y á un griego de la decadencia.

Volvamos á Caton.

Aconsejó á los siracusanos que abrazasen el partido del mas fuerte y se hizo á la mar para ir á reunirse con Pompeyo en Dirraquium.

Ciceron permaneció en Italia. Le costaba mucho trabajo decidirse, y ni iba á Roma al lado de César, ni á Dirraquium al lado de Pompeyo.

Sin embargo, estaba en Cumas, pronto á embarcarse, y si no lo verificaba, era porque, segun decia, el viento no era bueno. Allí recibió en un mismo dia, probablemente el 1.º de Mayo, las dos cartas que van á continuacion, una de Antonio—ya sabe-

mos los motivos de odio que existian entre él y Ciceron—y otra de César.

Hé aquí la primera:

Antonio, tribuno del pueblo y propretor á Ciceron, imperátor, salud.

“Si no te quisiera, mucho mas aún de lo que tú puedes creer, no me ocuparia de un rumor que corre aquí y que considero enteramente falso. Pero cuanto mas adicto te soy mas derecho tengo de ocuparme de ese rumor, aunque carezca de fundamento.

“Dícese que vas á pasar la mar, siendo así que tu Dolabela y tu Tulia te son tan caros y que tú nos eres tan querido á todos, que te juro por Hércules que tu honor y tu consideracion nos interesan tanto como pueden interesarte á tí mismo.

“Tengo empeño en convencerte de que, exceptuando César, no hay persona alguna que te profese mas afecto que yo, y que no conozco á nadie con cuya adhesion cuente César mas que con la tuya.

“Te suplico, pues, querido Ciceron, que no des paso alguno que te comprometa con nadie; desconfia de quien ha sido ya ingrato contigo, y no vayas, por seguir á ese ingrato, á huir como un enemigo del hombre que, aun cuando no te amara, es tal lo que te considera, que desearia verte poderoso y honrado.

“Te mando esta carta por Calpurnio, mi amigo particular, á fin de probarte cuánto me interesa todo lo que se refiere á tu salud y tu gloria.”

La segunda carta era de César, como hemos dicho, y habia sido llevada por Philotimo:

César, imperátor, á Ciceron, imperátor, salud.

17 de Abril.

“No hay nada que temer, ¿no es verdad? y tú no eres hombre capaz de cometer una imprudencia; sin embargo, alarmado por ciertos rumores, he creído deber escribirte. En nombre de nuestra amistad, no te adhieras á una causa perdida. Ya tú no profesabas gran afecto á esa causa cuando las probabilidades eran aún inciertas; rehusar ahora ponerte al lado á donde se ha inclinado la suerte, sería no solo hacer ultraje á la amistad, sino tambien perjudicarte. ¿No hemos salido bien nosotros en todo lo que hemos emprendido? ¿No ha fracasado él en todo lo que ha intentado? Es imposible que sigas una causa en cuyos consejos ni siquiera has querido tomar parte. Y yo he cometido sin duda, sin saberlo, alguna accion bien digna de censura, pues nada de cuanto podrias hacer contra mí sería mas grave que hacer algo en pro de mi enemigo. ¡Cuidado con que salgas de Italia! Apelo á tu amistad; creo que tengo derecho á hacerlo. Ademas, en las circunstancias

en que nos hallamos, ¿no es la neutralidad la situacion que conviene á un hombre honrado y tranquilo, á un buen ciudadano? Algunos á quienes ha ocurrido eso han dejado de persistir en ello por un sentimiento de duda y de temor hácia mí; pero tú, que conoces mi vida entera, que puedes registrar todos mis actos y que conoces mi amistad, ¿puedes hacer algo mejor que abstenerte? Dirígete, pues, en seguida á Roma.”

Todas aquellas instancias no producen resultado alguno. Ciceron sale de Cumas á principios de Junio y el 11 escribe desde el puerto de Gaeta á su mujer Terencia, que un gran vómito de bílis acaba de poner fin á la grave indisposicion que lo tenia sujeto en la tierra, suplicándole que como mujer amante y piadosa ofrezca un sacrificio con tal motivo á Apolo y á Esculapio.

¡Qué miedo tenia de comprometerse el pobre Ciceron, hasta con los dioses, pues no separaba á Apolo de Esculapio, como no se atrevia á separar á César de Pompeyo!

Las primeras noticias que se tienen de él despues de aquella carta, son del Epiro, del mes de Febrero del año 706 de Roma, cuarenta y siete antes de Jesucristo. El gran orador entraba entonces en su sexagésimo año.